

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
 Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.
 Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George N. Pike, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Moos, Jerusalemstrasse, 48-49.—La correspondencia al Administrador

LA CARIDAD

Una mañana, un grupo, toma el Sol, delante de la puerta de un Casino. En el grupo se charla, se discuten cosas frías, cosas ligeras, poniendo solamente de vez en cuando, un grano de pimienta y alguno de sal, como sabroso aliño que sazona el almuerzo de las fierecillas. El grupo es numeroso, gente seria, de vida desahogada y metódica, un grupo de esos, en los que nunca existen, opiniones extremas ni afirmaciones rotundas, donde todo es placido, y discreto.

En uno de estos instantes de calma, y de dulce tranquilidad uno de los respetables amigos del grupo exclama: Señores la capachal y se inicia una huida solapada en unos descaramos otros, pero todos huyen del silencio, cómo si algo expantable se acercara.

Por el fondo de la calle avanzan dos Sras. correosamente vestidos de negro, con sendas chisteras relucientes, y amplias levitas amantes, de los que parecen padrinos de un duelo antiguo, ó un fragmento de cabecera de entierro. El grupo ha desaparecido, solo quedan los sillones vacíos, formando un torro. Los Sres. de la fiesta miran sonriendo y siguen su marcha imperturbables.

La divina imagen de la Caridad, mira con tristeza, mira con lágrimas en los ojos, esas huidas sigilosas de los hombres serios, de los hombres correctos de alma *Sanchopancesca*.

Un despacho obscuro y húmedo, dos hombres esperan, llega un tercero y habla sereno al principio, después suplica, casi llora, explicando su situación trágica y angustiosa. Los hombres del despacho cruzan sus miradas frías y parece que las penas que oyen resbalan por sus almas endurecidas. Se habla de créditos, hipotecas, préstamos, y el visitante firma unos papeles, que han sido redactados minuciosamente, por los señores del despacho,

que recelosamente esperan el último rasgo de la firma. Los que esperan la firma que suena sobre el papel como un lamento, son ricos que viven una vida tranquila y sin embargo, han hecho con las penas y las lágrimas un negocio villano, que es posible que ostenten como un galardón de su talento.

La Caridad, ha mirado desde su altura el cuadro. La Caridad, enojada y ceñuda, contempla la imagen de su rival, la Usura, que con ella comparte el poderío de Cartagena, pero la imagen de la Usura ríe socarronamente, mientras los hombres del despacho guardan en su caja de hierro, los papeles firmados.

Cuenta la tradición que en Cartagena había unas flores que crecían en todos los jardines y vivían en todas las huertas, atendidas y cuidadas por las manos rudas de los pobres y por las pulidas de los ricos. Cuentan que el Sol no tenía que besarlas porque el calor lo recibía de la tierra. Dicen que el agua no tenía que refrescar sus pétalos porque se regaban con lágrimas de agradecimiento, que no quemaban como las enjendradas por el odio y la tristeza.

Cuentan que cuando al pueblo llegaba un extraño, se complacían todos en mostrar sus flores, como si ellas fueran algo muy íntimo que descubría el alma de Cartagena.

Dicen, que vientos de indiferencia, aires de injuria, rachas de odio, huracanes de codicias, han secado las flores de los huertos, algunas viven todavía del calor que les presta la vanidad, pero son las menos.

Las flores secas, solo viven, hay en los devocionarios de las mujeres como recuerdo de fechas pasadas.

M. N. P.

✠
D. O. M.
LA SEÑORA
Doña Josefa Barado Bernabel
VIUDA DE CARMONA
Falleció el día 17 de Febrero de 1912

La HORA SANTA que se celebrará en la consagrada Iglesia de la Caridad, á las 9 de la mañana del día 26 del actual, será aplicada por el eterno descanso de su alma.

Sus hijos, hijo político, nieto y demás familia, suplican la asistencia á tan piadoso acto, y ruegan pidan á Dios por el alma de la finada, por cuyo favor les quedarán muy reconocidos,

DE SOCIEDAD

Restablecido completamente de la enfermedad que sufrió, hemos tenido el gusto de saludar á nuestro querido amigo D. Alejandro Angosto, Comandante de Estado Mayor.

Nuestro respetable amigo D. Luis Benitez, director de la Sucursal del Banco de España, en esta ciudad va mejorando de la dolencia que le aqueja.

Celebramos la mejoría deseándole

que en breve obtenga un completo restablecimiento.

Se encuentra ligeramente enfermo nuestro querido amigo el procurador D. José Moncada.

Por su pronto y total restablecimiento nos interesamos de todas veras.

Con toda felicidad ha dado á luz un precioso y robusto niño la esposa de nuestro querido amigo D. Julio Minguez, teniente Alcalde de este Ayuntamiento.

Nuestra enhorabuena.

✠
PRIMER ANIVERSARIO
EL SEÑOR
Don Rafael Cañete Colón
FALLECIO EN ESTA CIUDAD EL DIA 27 DE FEBRERO DE 1911
R. I. P.

La Hora Santa que tendrá lugar el próximo martes 27 de 10 á 11 en la iglesia de Santo Domingo, será aplicada por el eterno descanso de su alma.

Su viuda, hijos, hermanos y hermanos políticos, ruegan á sus amigos y demás personas piadosas se sirvan asistir á dicho religioso acto.

CONFERENCIAS EN LA ECONOMICA

"CARTAGENA MILITAR" FOR Don Federico Rodríguez Belza

(CONTINUACIÓN)

Los dos elementos necesarios para la defensa del frente marítimo son, baterías y organización, los dos indispensables y precisos y á su cuidado y á su perfeccionamiento deben dedicarse el trabajo en los tiempos de paz, porque ese trabajo, cuando juntos en él laboran el Ejército y el pueblo, crean una fuerza temible y pavorosa, bastante por sí sola para asegurar la tranquilidad y la paz de la Patria.

Imaginamos para huir de tecnicismos molestos y confusos, que se trata de defender un espacio, que forzando un poco la línea de la costa, es una A mayúscula, tendida en el terreno, en cuyo vértice está Cartagena, y entre sus brazos son Punta Aguilones y Cabo Tiñoso, el brazo horizontal de la A, es la línea que une Santa Ana y Podaderas. Tenemos hoy fortificado un poco más que el espacio triangular que comprende la parte alta y quedan desamparados ó casi desamparados los extremos y todo el espacio que los rodea. Es decir que por las necesidades económicas, eterno freno en España, hemos resuelto el problema en tornando en términos vulgares la puerta de nuestro cuarto, y dejando abierta la puerta de la calle confiados en la buena fé de los ladrones.

Las acciones de las escuadras, contra las plazas marítimas, pueden obedecer á estas cinco formas principales: Bloqueo acción que tiende á paralizar, la exportación y la importación, comercial y guerrera; Bombardeo-lejano; Acción destructora tomando como objetivo la población entera; Cañoneo próximo ó ataque á viva fuerza; que es el duelo con las baterías de la plaza definitiva y violento; Sorpresa, ó forzamiento de la entrada y por último, desembarco en puntos próximos, para conquistar por tierra lo que solo por el mar se hace difícil.

Estas cinco líneas generales, esquema del ataque, son las que han de estudiarse, con el fundamento de la de-

fensa y toda plaza marítima ha de responder con su fortificación, á estas necesidades olvidadas ya de puro conocidas.

Recordad de nuevo la A mayúscula que me sirvió al principio, y en ella veréis, que para evitar el bloqueo, es preciso alejar el enemigo de los extremos de sus brazos, artillando potentemente sus extremos para dejar salida á nuestros barcos. Que el bombardeo tendrá por objeto llegar al vértice, sembrando en Cartagena la destrucción y la muerte y para evitarlo será preciso alejar al enemigo cinco ó seis mil metros de los puntos más avanzados de nuestra costa.

Para luchar con remotas probabilidades de éxito en la fase del ataque contra las baterías, es preciso que éstas puedan concentrar sus fuegos auxiliares y hacer entender al enemigo que puede sacrificar uno de sus acorazados uno solo, y esta probabilidad hace que no se arriesguen, sino en casos extremos á una lucha en que un proyectil afortunado, puede poner en peligro 30, 40, 45 millones de francos. De estas tres formas de ataque nace la necesidad de artillar esos extremos, esos brazos, que en su día han de ser el refugio de nuestros barcos, artillarlos sin exageraciones de nación poderosa, pero lo suficiente para aprovechar las ventajas de nuestro suelo; y prevenir días tristesimos, en la seguridad absoluta de que en estas materias los esfuerzos de última hora, las improvisaciones, con el enemigo á la vista, son un ridículo espantajo que hace sonreír al mundo civilizado.

No permite la índole de esta conferencia entrar en un análisis técnico, del número y clase de armamento necesario, para la defensa de esos dos brazos de Punta Aguilones y Cabo Tiñoso, éonque la naturaleza parece limitar el frente marítimo.

(Continúa)

presente solé de vuestra loca estupidez. Si preferís libraros de tan rudo castigo, Olvidad, pues, á Zana.

Cuando concluyó Estrella tal lectura, se dilató su rostro bajo el malvado influjo de una satánica alegría, guardó la carta en su solapa, abandonó su casa, y repasando la muralla siguió el camino de la roada hasta llegar á la posada.

En su viva impaciencia esperaba Narváez en las inmediaciones del mesón.

—¿Buenas ó malas nuevas?—preguntó al falso negro luego que hubo llegado junto á él.

—Nada puedo decirte,—le contestó Selim,—toma pues esta carta que me á entregado Zana para tí.

Narváez tomó la carta con anhelo, se penetró como un loco en la posada, seguido de Selim, y una vez en su cuarto abrió la carta y la leyó.

Un grito desgarrado, enrojecido, salió de la garganta de Narváez; sus inyectados ojos recorrieron la estancia con un ardiente frenesí, y al cruzar sus miradas por la puerta fijóse en un hombre que á la sazón estaba. Tal era el gigantesco mozo que, quitando el embudo de su capa y con graciosa cortesía, quitó su chambergo y saludó á Luis.



CAPITULO XXIV

De tomó sobrevino el Alcalde mayor, seguido de sus alguaciles, evitando una desgracia con su oportuna presencia.

—Nada de explicaciones caballeros,—decía Bartolomé de Yeste al capitán García de Cáceres,—ambos desean matarse honestamente, y debemos dejarles que tal hagan. Es guento á la razón que tengan, yo las respeto, señor mío, y si siquiera la pregunto.

—Es que,—le dijo el capitán García,—no gusta ser padrino de un duelo á muerte, sobre todo, sin conocer las causas.

la Maldición, junto á la cruz de piedra de Lizana. Allí debe de tener lugar el desafío.

Detra de los hidalgos siguió el negro Selim.

Cuando escuchó la indicación del alto corrió hácia la ciudad, cruzó como una exhalación por la poterna en el momento que salía por ella el cabalero Ga re en compañía de su valiente primo Don Luis, y una vez en la casa del Alcalde se hizo llevar á su presencia, mediante un real de á ocho, conque gratificó al portero.

En el capítulo siguiente habremos de dar cuenta del resultado del suceso.